

CONTROL DE NATALIDAD

No todo empezó

Es ya sabido el hecho de que la doctrina oficial de la Iglesia Católica, en los últimos decenios, es contraria a los métodos anticonceptivos, salvo el de la abstinencia periódica. También se sabe, por experiencia, que en la práctica, los confesores han demostrado mucha comprensión para con las situaciones angustiosas de los matrimonios que no pueden, moralmente hablando, tener más hijos. Nadie ignora, tampoco, que el Papa ha creado una **Comisión para los problemas de la Familia, la Población y la Natalidad**; que dicha Comisión ha entregado ya su doble informe al Papa, el de la Mayoría, favorable a una innovación, y el de la Minoría, que no juzga posible ninguna innovación. Y todos se preguntan: ¿Por qué el Papa no llega a una decisión? ¿Por qué mantiene a tantos fieles, sacerdotes y laicos, en una angustia de conciencia? ¿Puede, acaso, el pueblo cristiano, continuar librado a la hamléctica indecisión de un Papa?

En todo esto podemos advertir algunas fallas de perspectiva. En primer lugar, se piensa **que el Papa, por ser infalible, no tiene por qué temer equivocarse**. Un teólogo o un obispo aislado, sí, y pueden ser llamados al orden. Pero a un Papa, ¿quién podría llamarlo al orden siendo la autoridad suprema? Pensando así no se comprende suficientemente lo que significa la infalibilidad del Papa. No es un poder indiscriminado de tomar deci-

siones. La historia nos muestra que los Papas, por ej. respecto de la Inmaculada Concepción de María, han dejado correr la discusión entre los teólogos mientras no veían claro. La decisión de un Papa viene a coronar un largo y penoso esfuerzo, no a anticiparse.

En segundo lugar, ya no podemos hablar de que el silencio del Papa ocasione una angustia insoluble a las conciencias. Obispos, teólogos y confesores han ensayado diferentes intentos de solución pastoral, a la espera de una decisión definitiva. Se ha aplicado, entre otros, **la pedagogía del "cheminement"**, del estar en camino. Se considera que la Iglesia, en su doctrina del matrimonio, propone un "modelo", un alto ideal, como el del amor de Dios y el Sermón de la Montaña: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Pero que esos altos ideales no pueden cumplirse sencillamente como una ley humana. El hombre debe aspirar al ideal y esforzarse por llegar a él, pero sabemos que ningún hombre —si hacemos una excepción con la Madre de Jesús, en quien Dios quiso hacer un derroche de gracia— puede alcanzar los ideales evangélicos. El hombre se encuentra, por naturaleza, en un período de transición, no llega fácilmente a un vivir auténtico, y la ética tiene que tenerlo en cuenta. La Iglesia es paciente, como lo fue Cristo con sus apóstoles, y sabe que debe dejar lugar para

con píldoras

un crecimiento gradual, aunque lento y defectuoso. Los que procuran sinceramente aproximarse al ideal, están en buen camino, a pesar de sus fracasos. Los que en una encrucijada personalmente insoluble optan por el camino que consideran la única salida viable, no pueden ser considerados infieles a su fe.

Y por último, se piensa **que el problema de la contracepción es un problema reciente**, tan reciente como el de las píldoras; que la Iglesia debe tomar una decisión urgente, con la urgencia con que se plantean los problemas modernos. Pero se olvida que este problema viene siendo pensado, en la Iglesia, desde hace muchos siglos, que la humanidad se ha preocupado por él desde hace milenios. El hombre es un ser histórico, y el cristiano mucho más, desde que Dios transformó a la historia en Revelación ("Historia salvífica" del Pueblo de Dios). Y como ser histórico, el pensamiento del hombre no es de él sino de la humanidad, que adquiere en él una nueva modalidad personal. "Yo pienso", y también la humanidad piensa en mí. Mi entendimiento no es una selva virgen. Pensamos como la sociedad nos enseñó a pensar.

La Iglesia, por tanto, no puede elaborar una doctrina oficial, que pretenda ser definitiva bajo ciertos aspectos, al margen de varios siglos de historia cristiana y milenios de historia humana. Y para

que el lector comprenda hasta qué punto el existir de hoy busca una opción presionado por las opciones del serpenteante existir histórico, recorreremos con él las casi 700 páginas de la magistral obra de Noonan: **"Contracepción. Desarrollo y análisis del tema a través de los canonistas y teólogos católicos"** (Ed. Troquel. Bs. As. 1967). El autor no se pierde en detalles, refiriendo, por ej., las circunstancias que llevaron a San Alberto Magno (siglo 13) a describir tres métodos anticonceptivos. Ha tratado, más bien, de captar los hechos más significativos que afectan a la doctrina de la contracepción.

LA CONTRACEPCION EN EL IMPERIO ROMANO

Los más antiguos documentos sobre la anticoncepción pertenecen a **Egipto**. Cinco papiros diferentes, escalonados en el segundo milenio antes de Cristo: estiércol pulverizado de cocodrilo en mucílago fermentado, miel y carbonato de sodio, etc., sustancias que debían ser esparcidas por la vulva. Estos medios racionales, por los que se procuraba bloquear o matar el semen femenino, ponen de manifiesto una cultura donde la contracepción era ya una materia de técnica médica.

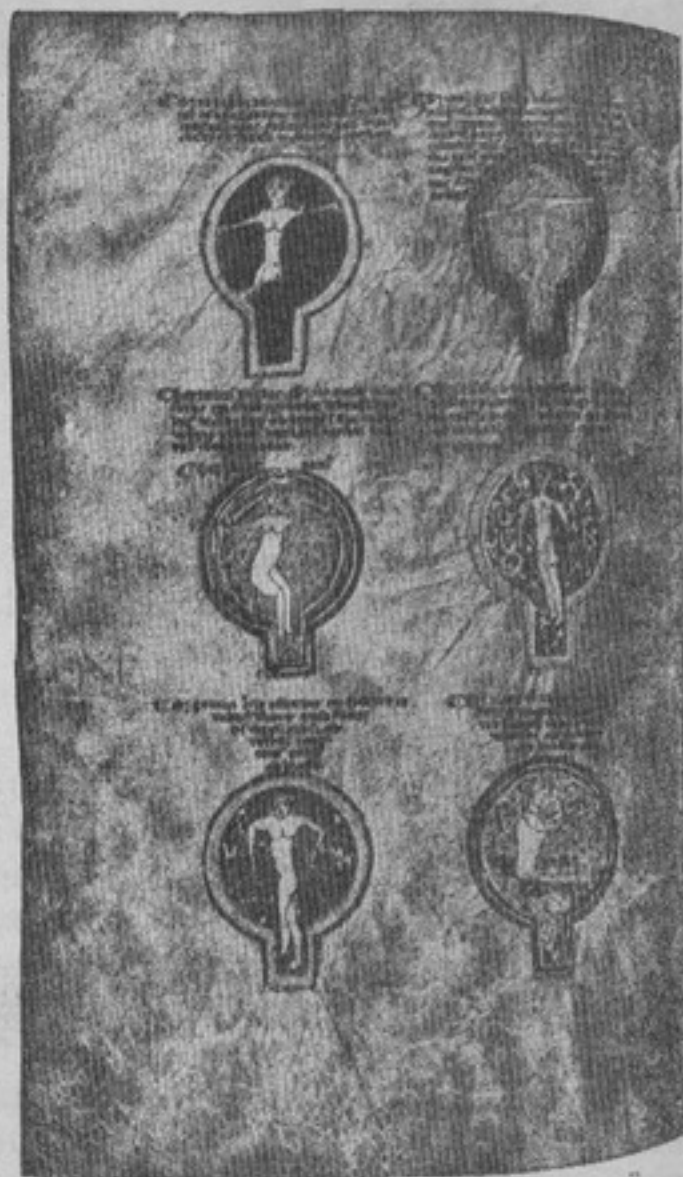
En el **ambiente judío**, la práctica del **"coitus interruptus"** (unión interrumpi-

da), aparece ya testimoniada en el Génesis, con la historia de Onán. En el **Talmud**, correspondiente a la antigüedad cristiana, es referida dicha práctica a los primeros 24 meses de lactancia. Se la describe eufemísticamente como "**trillando adentro y aventando afuera**". Se indica, en otro pasaje, que las ramera usan un absorbente de lino o lana rastillada. Se menciona a mujeres que han sido "hendidas" para quedar esterilizadas. Alude también el Talmud a las "**pociones de raíces**" (goma, alumbre y azafrán, mezclados con vino). Estos últimos métodos, oclusión, cirugía y pociones, parecen reflejar la influencia helenística. Respecto de las pociones, en toda la historia de la humanidad se alude a unas cien plantas, sesenta de las cuales han podido ser identificadas. Recientes experimentos han demostrado las propiedades esterilizantes de varias de ellas, de modo que constituían un método verdaderamente racional y no puramente mágico.

En el ámbito **grecorromano** se distinguen las pociones anticonceptivas temporarias, los esterilizantes definitivos y los abortivos. Hay, incluso, brebajes para mujeres y brebajes para hombres. En cuanto a los métodos oclusivos, ya Aristóteles había descrito los modos que ayudan y que impiden la procreación. Dioscórides menciona una mezcla de "peppermint" con miel, para aplicar en el útero. Es interminable la lista de supositorios vaginales.

Además de estos métodos químicos o mecánicos, se creía que existía un **período estéril** en la mujer. Se indicaba, por el contrario, que el período de fertilidad más seguro era justo después de la menstruación, estimación errónea, como sabemos. Hasta Roma llegó la creencia existente en la antigua India, de que el control de la respiración estaba de algún modo relacionado con el control del semen. Y Lucrecio señala la realización de ciertos movimientos que hacen las prostitutas para evitar la concepción. No se descuidó, por cierto, el uso de

amuletos. La confianza popular en ellos no disminuyó a pesar de la oposición de algunos "científicos". La prevalencia de amuletos, aún en el siglo sexto, nos hace pensar que los otros métodos no eran muy efectivos. Es curioso, por otro lado, el hecho de que los autores grecorromanos no aludieran al método del "coitus interruptus", quizás por demasiado evidente, o por demasiado inaceptable como para ser recomendado.



Posición del feto en el seno materno según un médico romano, aceptada durante siglos. (Manuscrito de la Edad Media).

La mayoría de los autores no hacen **objeción moral** contra la práctica anticonceptiva. Es famoso el juramento hipocrático rechazando el uso de las diferentes formas de aborto, pero no existía un voto similar respecto de la anticoncepción. Sócrates (en la "República") señala que los habitantes no debieran engendrar demasiada descendencia "para

que no caigan en la pobreza o en la guerra". Esta frase nos indica que era aceptable, para Platón, por razones de orden social. No es exacto, por tanto, pretender que la influencia de la superpoblación en el control de la natalidad sea un fenómeno reciente. "Superpoblación" es un concepto relativo, de acuerdo a las posibilidades que ofrece a sus habitantes el medio ambiente, con los métodos por ellos conocidos.

Plinio, en su "Historia natural", considera lícito el uso de anticonceptivos solamente para la mujer que ya está llena de hijos. Respecto del aborto, algunos filósofos lo rechazan absolutamente; otros lo permiten cuando el parto es peligroso, pero no para ocultar las consecuencias del adulterio o para conservar la belleza femenina.

Los esclavos, parte substancial de la población del Imperio, debieron necesitar conocimientos anticonceptivos. Puede ser que las condiciones de la esclavitud crearan una sicología poco favorable a la tenencia de hijos. Negado el reconocimiento legal del matrimonio, y pensando que sus hijos nacerían también esclavos, muchos debieron negarse a engendrar una prole tan infeliz. Motivo éste no tanto de orden económico cuanto social.

En el otro extremo, la **clase alta** del Imperio reflejaba una disminución de nacimientos. Las leyes "Julia" y "Papia", del emperador Augusto, intentaron estimular los nacimientos con un sistema de premios y castigos. Los sin hijos no podían obtener los altos cargos, como pretor o gobernador de provincias, para eludir lo cual se adoptaban niños; contra este abuso debió legislar el Senado medio siglo después. Establecían también dichas leyes que los solteros mayores de edad (25 años los varones y 20 las mujeres) perdieran los derechos de herencia. Tres o cuatro hijos era el máximo que se podía esperar de una familia romana. Plinio registra como un prodigio menor una procesión realizada por un humilde liberto con sus 8 hijos, 27 nietos y 18 bisnietos. A lo que parece, fue elegido

de toda Italia como un asombroso ejemplo de fecundidad.

Según la ley romana, **el objeto del matrimonio era la procreación**. Constituía un deber cívico, y, para los estoicos, un fin moral. Para los hebreos, la multitud de hijos era una señal de unión feliz. Los romanos de la clase alta, no estaban muy convencidos de ello. Un siglo después de Augusto, Tácito atestigua el fracaso de las leyes citadas. La penetración de los "bárbaros", pacífica o violenta, es correlativa con la despoblación del Imperio. La mortalidad infantil se elevaba al 25 %. Guerras y plagas elevaban esos índices para la población adulta. Y como el Estado no interfería en la vida familiar, nada se hizo en los tres primeros siglos del Imperio para contener el infanticidio o el abandono de los niños.

Según una antigua tradición, Rómulo, al establecer las primitivas leyes de la ciudad, habría permitido al marido obtener el divorcio de su mujer, no sólo por adulterio sino también por causa de la "**medicina**" (abortiva o anticonceptiva). De modo semejante, las "Doce Tablas", de la antigua Roma. Pero en el siglo tercero del Imperio, la ley entendía por "medicina" sólo los venenos homicidas. Para la ley romana, **el feto no era un hombre**, su destrucción no caía dentro de la ley. Aunque la ley cornelia castiga a los que abortan, lo hace por el empleo de la magia.

También fue castigado por ley otro tipo de contracepción: **dejar a un hombre impotente**, merecía la pena de muerte, tanto para el médico como para el paciente que se prestaba a ello. Sin embargo, los prefectos de provincia podían autorizar la castración voluntaria, y así refiere San Justino la historia de un joven cristiano que buscaba tal permiso. En resumen, se puede inferir que la contracepción **fue un fenómeno social** en el Imperio romano, fenómeno que los cristianos no podían ignorar. Debemos preguntarnos, pues, cómo juzgaron dicho fenómeno.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

La estructura básica del Antiguo Testamento en torno a la ética sexual, puede ser resumida en cuatro proposiciones: 1) La mujer es persona como el hombre. 2) El matrimonio es bueno y constituye el estado ordinario de relaciones sexuales. 3) La fecundidad es buena. 4) El acto sexual no es necesariamente bueno. En contraste con la estima por la procreación, hay un **desinterés por la virginidad**. Sólo una figura aparece voluntariamente célibe: Jeremías, pero su decisión puede ser interpretada como un símbolo de la esterilidad que sobrevendrá sobre Israel. En el Antiguo Testamento no hay palabras para los solteros.

Junto al elogio de la fecundidad y la procreación como "fin del matrimonio", se advierte la percepción de los **valores personales**. El "Cantar de los cantares" está dedicado casi exclusivamente a las relaciones personales: "Mi amado es para mí y yo para él" (2,16). La alabanza de la buena esposa, en el Libro de los Proverbios, no se hace tanto por su fecundidad cuanto por su prudencia y por la amorosa confianza que el marido tiene en ella. Y recordando los orígenes, Jacob sirvió siete años a su futuro suegro Labán, "que le parecieron sólo unos días por el amor que le tenía a Raquel" (Génesis, 29,20). Aún así, en aquella sociedad poligámica, la procreación es más importante. Siendo Raquel estéril, entregó su sierva a Jacob para poder tener hijos por sustitución. En general, la dominación masculina impidió la formación de una ética en la cual las relaciones personales en el matrimonio tuvieran mayor importancia que la fecundidad.

Por otro lado, **la sexualidad aparece asociada con el pecado**: "En culpa nací y en pecado me concibió mi madre" (salmo 50, 7). Eva perdió a Adán y Bethsabée a David. La continencia ritual puede ser un medio de ganar el favor divino (Exodo 19, 5). Un hombre se considera "impuro" si tiene trato sexual aún en el matrimonio. La purificación ritual es necesaria después de la menstruación y

del parto (recuérdese la fiesta de la Purificación de María, 2 de febrero, 40 días después del nacimiento de Jesús). Y en la historia de Tobías y Sara, el deseo sexual es descartado como motivo para el matrimonio, que debe buscarse en vista de la descendencia. Estos textos, en resumen, nos permiten comprender el recelo cristiano por lo sexual. Predominará, con todo, la convicción de que el matrimonio y los hijos son bienes deseables, bendecidos por Dios. También será rescatada, del Antiguo Testamento, la valoración de los bienes personales: amor, fidelidad, complementación.

El énfasis puesto en la procreación influyó, en los autores cristianos, mucho más que el solitario y famoso texto referente a **Onán** (Génesis, 38). Judá, uno de los doce patriarcas, cuyo nombre se identifica con el de una de las doce tribus, se preocupa por su descendencia. Su primer hijo, casado con Tamar, ha muerto. Entonces ordena a otro de sus hijos, Onán, que se una con Tamar, para que su primogénito, ya difunto, posea descendencia legal, de acuerdo a la ley del levirato, de modo que "su nombre no pudiera ser borrado de Israel". El texto dice:

"Entonces dijo Judá a Onán: Entra con la mujer de tu hermano y tómala, como cuñado que eres, para suscitar prole a tu hermano. Pero Onán, sabiendo que la prole no sería suya, cuando entraba con la mujer de su hermano derramaba en tierra, para no dar prole a su hermano. Era malo a los ojos de Yahvé lo que hacía Onán y lo mató también a él" (8-10).

De acuerdo a las modernas interpretaciones del texto bíblico, el pecado de Onán no habría consistido en la actitud anticonceptiva ni en el método utilizado, es decir, del "coitus interruptus". Según Noonan, tampoco es castigado por el solo pecado contra la ley de levirato, pues en este caso la pena impuesta no era la de muerte, sino una forma de infamia pública: la viuda escupe sobre el

hermano defraudador y toma su sandalia. En realidad, Onán ha desobedecido a su padre, ha mostrado una falta de sensibilidad familiar y un fuerte egoísmo. En otras materias sexuales las prescripciones son minuciosas: un hombre cae en impurezas si tiene una emisión de semen, pero no es condenado sino sólo obligado a bañarse. La relación marital durante la menstruación es tratada a la par del adulterio. Frente a éstas y otras innumerables prescripciones, advertimos la ausencia de legislación sobre la anti-concepción, siendo así que no faltarían ocasiones para hacerlo. Se legisla contra la homosexualidad, el bestialismo y la prostitución. En ese marco general, no parece probable que el pueblo judío considerara a la contracepción como algo inmoral.

EL NUEVO TESTAMENTO

El mensaje central del Nuevo Testamento es el amor, aunque no fue fácil a la Iglesia percibir todos sus alcances. Algunas interpretaciones, como las cruzadas y la inquisición, fueron ensayadas y descartadas. En la primitiva comunidad cristiana se da **una constante tensión entre las leyes y el amor**, la prohibición y la libertad. A la larga, una ley particular pierde su fuerza si se la considera contraria al mandamiento del amor. Tal proceso de decantamiento es detectable en la teología del matrimonio.

La doctrina del Nuevo Testamento acerca de la sexualidad puede ser reducida a ocho temas: superioridad de la virginidad, bondad institucional del matrimonio, carácter sagrado de las relaciones sexuales, valor de la procreación, significado tanto del deseo como del acto, maldad de las relaciones extramaritales y antinaturalidad de la homosexualidad, relación entre el pecado de Adán y la rebeldía del cuerpo, nocividad de la "medicina".

1) La enseñanza sobre la **virginidad** significó una ruptura radical con el Antiguo Testamento. Lamentablemente, ella oscureció, para muchos cristianos, la doc-

trina sobre el matrimonio, el cual parecía que debía justificar su propia existencia. El evangelio de Lucas promete una recompensa a los que dejan casa, padres, hermanos, **esposa o hijos** para buscar el reino. Se recuerda que en la resurrección de los muertos no habrá mujeres ni maridos. De allí a pensar que la mujer es un estorbo, hay quizá sólo una sutil diferencia. El Génesis había dicho: "No es bueno que el hombre esté solo" (2,18). San Pablo: "Es bueno para el hombre no tomar mujer" (I Corintios, 7,1), aunque añade que, para evitar la fornicación, "tenga cada hombre su mujer y cada mujer su marido".

2) Esos textos, aislados, hubieran llevado al cristianismo a una posición maniquea o gnóstica, contraria a la procreación. Pero los evangelios enseñan también **la bondad institucional del matrimonio**. El primer milagro de Jesús es en una fiesta de bodas, para no "aguar la fiesta". Para explicar la relación entre Cristo y la Iglesia se dice que es como una relación matrimonial: por amor, indisoluble, exclusiva, íntima.

3) Más aún, la misma **relación sexual** del matrimonio es presentada como santa. Los maridos deben rendir honor a la mujer como "heredera de la gracia".

4) El valor de la **procreación** se pone de manifiesto en un símbolo: la alegría de los discípulos a la vuelta de Cristo será comparable al "goce de una madre porque ha venido un niño al mundo" (Juan, 16,21). La procreación es asumida como algo conveniente, aunque no se enfatice su valor.

5) En cuanto al valor del **deseo**, aún sin una relación explícita a la procreación, es interesante el texto de Pablo: "La mujer no es dueña de su propio cuerpo, es el marido. E igualmente el marido no es dueño de su propio cuerpo, es la mujer. No os defraudéis uno al otro..." (I Cor, 7,3-5). Pablo, para afirmar la igualdad, en este campo, entre marido y mujer, propuso una formulación fuertemente jurídica (cada uno dueño del

cuerpo del otro), que favoreció el legalismo de generaciones de canonistas (el famoso "débitum") oscureciendo un tanto el sentido de las relaciones personales.

6) En contraposición a lo anterior, el Nuevo Testamento condena el uso de las **relaciones sexuales extramatrimoniales**.

Violan la santa unidad de Cristo y el creyente. Y Jesús va más allá del Antiguo Testamento: "Cualquiera que mire con deseos a una mujer, ya ha cometido adulterio en su corazón" (Mateo, 5,28). Pablo, por otro lado, describiendo el estado pecaminoso de los gentiles, dice: "Las mujeres mudaron el uso natural en uso contra la naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural **de la mujer**, se entregaron a la concupiscencia unos con los otros, los varones con los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago de su perversidad" (Romanos, 1, 26-27). Si en este texto, "uso no natural" equivale a relación anal, como han sostenido unos pocos exegetas, se trataría de una condenación específica de la conducta anticonceptiva. Pero prevalece la opinión de que el sentido del término "antinatural" es el helénico y estoico; Pablo condena tanto la homosexualidad como los actos lesbianos de las mujeres.

7) Pablo vincula la rebeldía del cuerpo con el **pecado original**: "Por un hombre entró el pecado al mundo" (Rom. 5,12). "Siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros" (Rom. 7,23). Y aunque no especifica que este "pecado en mis miembros" sea la rebelión sexual, las generaciones cristianas posteriores vincularán estrechamente los impulsos sexuales con la "concupiscencia" y el pecado original. Esta acentuación no permitirá ver con claridad el valor de lo sexual en la línea de las relaciones interpersonales, sino más bien como un "medio" para lograr la procreación, o como un alivio, en el matrimonio, para evitar la fornicación.

8) Unos pocos textos del Nuevo Testa-

mento condenan las "**medicinas**" o drogas (farmakeia), término excesivamente ambiguo. Si bien incluye las pociones anticonceptivas, puede referirse a todo tipo de drogas, tanto maléficas como benéficas (la Eucaristía es llamada por San Ignacio de Antioquía "fármakon" de la inmortalidad). Lo que se infiere de tales textos es la hostilidad del Nuevo Testamento hacia la hechicería, que acompañaba generalmente al uso de las drogas. Pero no deja de sorprenderme que Noonan cite los pasajes sobre "farmakeia" como constituyendo el octavo tema de la doctrina sobre la sexualidad. No pasan, por el momento, de ser una curiosidad exegetica.

En resumen, muchos temas **no han sido tratados expresamente**: con qué intención pueden tenerse las relaciones sexuales en el matrimonio, legitimidad del matrimonio con una estéril, papel del placer en el matrimonio, etc. Entre éstos debemos incluir el tema de la anticoncepción. La doctrina al respecto será elaborada posteriormente por la comunidad cristiana, sobre los elementos proporcionados por la Biblia. Y no será una empresa puramente teológica. El grado de conocimiento médico incidirá fuertemente en la evolución de la doctrina, como también la práctica de la sociedad romana, ya descrita, y la especulación gnóstica que creará una contra corriente al negar valores del matrimonio.

Con los datos y reflexiones que anteceden podemos comprender ya que el control de natalidad constituye un antiquísimo y complejo problema. No puede ser reducido al momento actual ni mucho menos al de las píldoras anticonceptivas. Lo que se diga sobre un método repercute ineludiblemente en la utilización de otros. Ya hemos sentado, al menos, las bases bíblicas, en el horizonte greco-romano, para comprender cómo pudo evolucionar posteriormente el pensamiento cristiano, evolución que nos dará materia para nuevas reflexiones desde estas páginas.

Ignacio Pérez del Viso S. J.